



OBISPO DE CARTAGENA

BODAS DE PLATINO, ORO Y PLATA SACERDOTALES

Santa Iglesia Catedral de Murcia, 10 de mayo del 2021

Hermanos en el episcopado. Don Francisco en su 25 aniversario de ordenación episcopal.
Queridos sacerdotes, especialmente los que celebráis las bodas de plata, oro y diamante.
Queridos religiosos y religiosas,
Seminaristas,
Familiares y feligreses,
Hermanos y hermanas.

Nuestro encuentro es de acción de gracias por el reconocimiento de la labor de unos hermanos que han sabido gastar sus vidas en pro de la evangelización. Este año nos hacemos eco de las celebraciones de aniversario sacerdotal de estos dos años de pandemia, puesto que el año pasado fue imposible celebrarlo. Hoy volvemos a presentarnos delante de Dios para dar gracias y reconocer que somos muy afortunados porque el Señor se fijó en nosotros para una tarea inmensa, para el ejercicio de un ministerio que es capaz de abarcar toda una vida y no sentirnos nunca defraudados. Desde los primeros pasos en el seminario hemos aprendido bien que la meta de nuestra vocación no era ordenarnos sacerdotes, sino que la meta nos la trazó Dios mucho antes, en el Bautismo. Nuestra meta es la santidad, por esta razón seguimos siempre tras las huellas del Señor, con la misma tensión por alcanzar ser dignos de este don que se nos ha hecho y seguimos con el mismo empeño. Jesús salió a nuestro encuentro buscando pastores, presentándonos antes la necesidad, reconociendo que la mies es mucha y nos pidió el coraje para dedicar toda la vida a este oficio de amor y de comunión, para ayudar a la gente a permanecer en su corazón con una entrega generosa. En la liturgia de ayer, domingo sexto de Pascua, escuchamos que el amor es nuestro santo y seña, es nuestra identidad, un amor samaritano que cuida, protege, anima y acerca a la roca firme de la fe para que a nadie le espante el demonio con otros proyectos de muerte. Sabemos perfectamente que hemos sido llamados para imitar al Buen Pastor en la entrega gozosa y total a todos los hermanos, especialmente a los que tienen más necesidad de amor y de misericordia.

Vosotros, queridos hermanos, que celebráis los 25, 50 y 60 años de sacerdotes, sois la lección más viva, el espejo más claro donde mirarnos, porque en todos estos años de entrega, con sus luces y sombras, os habéis mantenido firmes en la fe y en el servicio. Habéis participado con corazón abierto en el estilo del que nos habla el Santo Padre, reconocemos que sois «Iglesia en salida», que os habéis implicado en la tarea pastoral siempre «oliendo a oveja», que vuestro servicio ha sido permanente, abierto y disponible como un «hospital de campaña» y, estando cerca de la gente que se os ha confiado, en el

mismo pueblo o barrio, habéis «desgastando las suelas de los zapatos». Gracias por vuestra predicación con palabras y también con el testimonio de vuestra vida. Vuestro ejemplo nos ayuda a revisar cómo lo estamos haciendo nosotros, si como sacerdotes mantenemos los ojos y los oídos bien abiertos, si estamos pisando tierra y si nos acercamos siempre a la realidad que nos rodea para iluminarla con la luz del Evangelio haciéndonos eco de las alegrías y de las penas de los hermanos sin pasar de largo. Cuando vosotros recibisteis el sacramento de la Ordenación sacerdotal sabíais de cada una de vuestras virtudes y de vuestros defectos y, con todos ellos, comenzasteis a caminar; os habéis batido en mil batallas y seguro que lleváis las cicatrices de las contiendas mostrando la fidelidad a Dios, pero lo más grande es que habéis comprobado cómo el Señor ha estado siempre grande y cómo, muchas veces, la columna del fuego de Dios os ha salvado de enemigos poderosos y aquí estáis, con más años, pero con el gozo del deber cumplido... Os felicitamos de todo corazón y nos unimos a vuestra acción de gracias.

Junto a vosotros, queridos hermanos, le pedimos al Señor que nos proteja, porque sabemos que ser sacerdote no es una garantía para estar libre de cualquier tentación o debilidad, ya que somos humanos, no ángeles, nuestro deseo es permanecer dignos delante de Dios y de los hombres. Puedo decir con toda certeza, que cualquiera de nosotros busca ser una persona de la que te puedas fiar, ir con la verdad y la sencillez por delante, ¡cuánto se valora esto! Cualquiera sacerdote sabe donde está la solución para vivir la coherencia de nuestra misión: escuchar a Dios y a los otros, abrir los ojos para ver los testimonios de la gente maravillosa que nos han enseñado el camino a seguir. El que importa es Cristo, Cristo en el centro de nuestra vida, Cristo en la cruz y Cristo en la resurrección.

Ruego al Señor esta mañana que nos conceda humildad y sencillez siempre, porque no somos dueños de nada, somos administradores al servicio del Pueblo de Dios, no somos amos de nada sino esclavos, como nos ha enseñado la Virgen María, a la que invocamos de corazón. Nuestra tarea será buena si aprendemos de Jesús a acompañar en el camino a la gente con la Palabra de Dios en una mano y con el gozo de presentar a Cristo Resucitado en los sacramentos en la otra; será una tarea buena si no olvidamos la experiencia del buen samaritano y la catequesis del Señor lavando los pies a sus discípulos.

No puedo terminar sin pedir la intercesión, tanto por los vivos como por los difuntos, de san Juan de Ávila. Elevo oraciones por todos los sacerdotes, religiosos y religiosas, que han pasado al Reino de Cristo y sirvieron a los hermanos en la Diócesis. Rezamos por los seminaristas, por los esposos cristianos para que se mantengan en la unidad e indisolubilidad de su amor, ayuda a todas las familias; fortalece a los seglares comprometidos en el apostolado y en el voluntariado de la caridad. Concede a nuestra iglesia el don de la unidad y de la comunión, la capacidad de escuchar la voz de Dios y la de los hermanos y que nunca nos desviemos del camino que nos lleva a Cristo Jesús, Nuestro Señor y Salvador.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena